

¡Yo había reanudado mi carrera! ... ¡Y corría!..
¡Corría sin volver la cabeza! ¡Ah, no!... Ya era bastante haberlos visto una vez sin quererlo..
Un cerebro algo menos sólido que el mío y algo menos preparado, por todo lo que había percibido a bordo del *Vengador*, hubiera quedado trastornado en un rincón para toda la vida...

XXXII

En donde oigo hablar por primera vez de la Batalla Invisible y de lo que en ella aconteció.

PUDE advertir (mientras corría) que las paredes del camino se elevaban, se elevaban enormemente y de un modo en absoluto amenazador, aplastante... Las paredes se convertían en montañas a mi derecha y a mi izquierda... Ya no me encontraba en un camino hundido, sino en un verdadero desfiladero... y hube de resoplar algo, pues el camino ascendía. Mas de súbito volvió a descender, vino un recodo y yo me hallé ante la grandiosa dulzura del mar matinal y lechoso.

Apresuré el paso, pues en lo alto de una roca descubría la pequeña cabaña del pescador, rodeada de montones de algas...

Otro recodo y me encontraría al fondo de la rada. ¡Y me encontré! Pero ¡cuál no sería mi asombro al descubrir a una gran muchedumbre en aquella playa rocosa que se me había descrito como absolutamente desierta!...

¿Y cómo hubiera podido descubrir en el agua de la rada la canoa, la barca que me estaba destinada, entre aquellos dos vapores, aquel remolcador, aquellas canoas y aquellas chalupas de movimiento incesante?...

Al extremo de un promontorio vi parado el pequeño tren eléctrico que había estado a punto de aplastarme. Entre este tren y el muelle, si puedo expresarme así al hablar de un puerto natural en el que la mano del hombre apenas había tenido que intervenir, se advertía un continuo ir y venir de hombres cargados con fardos... ¿Qué fardos?... En un principio no pude determinar su naturaleza.

Yo me consagré a acercarme lo antes posible a la cabaña del barquero, en donde pensaba encontrar, con mis dos palabras de contraseña, un refugio seguro contra todas las indiscreciones, y donde esperaba encontrar también lo antes posible al *midship*, pues me temía que todo aquel movimiento insólito viniera a alterar algo nuestros planes.

Y este temor, como ahora se verá, no era, por desgracia, sino harto justificado.

Imaginaos que en el mismo momento en que había escalado aquella especie de pedestal en que se alzaba la cabaña del barquero, y cuando me disponía a penetrar en ésta, sólo tuve tiempo para arrojarme a un lado al reconocer recostado en aquella cabaña, con los brazos cruzados y contemplando el espectáculo de las aguas, en una actitud de Napoleón en Santa Elena, ¡al capitán Hyx en persona!...

¡Y con su antifaz sobre el rostro, como siempre!

¡Yo huí!... ¡Yo huí!...

He ahí por qué iba tan de prisa hace un momento el pequeño ferrocarril, tan de prisa, que había estado a punto de aplastarme... ¡Conducía al capitán Hyx!... ¡Ah! Ciertamente, los maquinistas deben volverse locos cuando el capitán Hyx quiere ir pronto a algún sitio...

¡Así, pues, también el capitán había dejado el *Vengador!*... El acontecimiento debía de ser extraordinario... ¿Qué sucedía?... ¿Qué sucedía, pues, aquella noche, o mejor dicho, aquella mañana, en las islas Cies?...

¡Y yo que no debía ver nada! Algo aturdido por la precipitación con que me había escapado de aquella roca que sostenía al capitán Hyx y a su fortuna, me confundí sobre la dirección que debía tomar para llegar a un camino solitario, y me hallé metido de pronto en aquel ir y venir de hombres cargados, de que os he hablado antes.

Entonces no sólo pude distinguir de qué se trataba, sino que también pude oír suspirar, gemir y quejarse a los mismos fardos. ¡Miseró de mí!... ¿Es que en estos años de horror, en que la tierra se desgarró como en los peores siglos de la barbarie, no podré yo dar un paso bajo la bóveda de los cielos ni en lo más profundo de los mares, sin encontrar carne humana en jirones, sin oír el suspiro del Dolor?

¡Más heridos aún! Heridos en camillas, a los que se transporta con precaución desde aque-

Los vaporcitos de allí, que los han traído, hasta aquel pequeño ferrocarril que se los lleva!

¡Pero cómo! ¿Estoy o no estoy en España? Pero España no está en guerra... ¿De qué batalla desconocida vienen aquí esos soldados que suplican con gestos ensangrentados que se les dé un vaso de agua?...

De pronto, me dan un golpecito en el hombro... Yo me vuelvo: ¡es el Irlandés!... Sí. El segundo del *Vengador*... El teniente Smith... Mi emoción es indecible. Si me ha reconocido estoy perdido. Pero yo tengo la esperanza suprema de que no haya visto en mí más que a uno de sus marinos, a causa de mi uniforme.

Por lo demás, el Hombre de los ojos muertos no me mira. Me designa un puesto entre dos camillas, y yo no vacilo un segundo en aceptar la tarea de enfermero. Ya veremos adónde me conducirá esto... Con tal que sea algo lejos del fiero Irlandés, me conformo por el momento.

No lejos de mí reconozco a dos marineros del *Vengador*, que transportan un herido que acaba de desembarcar... Y este herido es un boche que ha recibido un bayonetazo en el vientre y que declara en idioma boche y sujetándose las entrañas, que no puede salvarse con semejante herida, que es preferible que le dejen morir tranquilamente en un rincón del camino mirando el sol... Y en efecto, antes de expirar, el desgraciado mira al sol por última vez, con una expresión de amor inconmensurable y desesperada, que yo no olvidaré en toda mi vida. Y una cosa que tampoco olvidaré nunca es que este

soldado fué sostenido para ver mejor el sol y para respirar mejor por vez postrera entre los mismos brazos del teniente Smith.

¡Oh, sí! El Irlandés ha realizado este acto caritativo. Yo no me esperaba esto en él. Pero no me detuve a felicitarle, y me dirigí apresuradamente, con mi camilla y mi herido, hacia el pequeño ferrocarril.

Allí creí que iba a poder escaparme; pero he aquí que el hombre que estaba al otro extremo de la camilla, y que tenía un galón de lana roja en los brazos, me ordenó permanecer junto a él y al herido en el pequeño ferrocarril.

Ahora bien, el pequeño ferrocarril se puso al punto en marcha; pero no a la loca velocidad que yo le había visto. Iba lleno de heridos y hacía todo lo posible por no sacudirlos demasiado...

¡De pronto, descubrí en una pasarela al *midship*! El me vió y me reconoció casi en el acto. Me pareció que mudaba de expresión al descubrirme, y esta creencia no contribuyó nada a calmar mi inquietud, aunque, por el momento, el Irlandés hubiera desaparecido de mi horizonte.

No obstante, el *midship* se acercó a mí, y sentándose en un rincón, en el que no podían verle los otros, me habló en voz baja. El alegre *midship* ya no estaba nada alegre.

—¡Vaya un contratiempo!— me dijo—. ¿Cómo no ha conseguido usted partir antes?

—¿Eh?— repuse yo entre dientes—. ¡Me he visto detenido por el desfile de una artillería de una lentitud!...

—¡Santo Dios!—juró él—. ¿Ha visto usted la *artillería lenta*?

—¡Oh! ¡Bien a pesar mío!...

—Tanto peor... Tanto peor—dijo él.

—Pero, en fin, no ha sido culpa mía—rezoné yo, costándome gran trabajo contener mi rabia contra la injusticia perpetua de las cosas y de los hombres.

—Es verdad. Usted no lo ha hecho a propósito, ni nosotros tampoco... Y además, ¿quién hubiera podido prever que atacarían ellos primero?...

—Pero ¿dónde se han batido?—pregunté yo, siempre entre dientes y harlo ya...

A lo que el *midship* me replicó también entre dientes:

—¿Es que quiere el señor que le explique el misterio de la Santísima Trinidad?

Y levantándose por juzgar, sin duda, que esta conversación había durado ya bastante, me dejó bonitamente plantado.

Casi inmediatamente paróse el pequeño tren eléctrico, y yo observé que nos encontrábamos en la intersección de dos caminos, en aquel mismo sitio en que yo había sido detenido demasiado tiempo por el desfile de la *artillería lenta*. Recibimos la orden de descender, y yo tuve que volver a colocarme en mi puesto de camillero, empezando a sacar del tren los heridos. Allí nos aguardaban otros hombres, que nos ayudaron.

Poco después entramos en vastos cuarteles, en cuyos patios podíamos ver maniobrar muy dulcemente a algunas baterías de aquella *arti-*

lería lenta, que seguía intrigándome de un modo indescriptible.

De nada me servía decirme que había jurado no ver nada, pues me veía obligado a abrir los ojos para encaminar mis pasos, ya que se me obligaba a andar, a formar parte de aquel extraño cortejo.

Había grandes salas que parecían haber sido convertidas recientemente en salas de hospital. Allí la primera persona con quien tropecé fué con el doctor. ¡La camilla se me escurrió de las manos, y él me reconoció!

Su palidez tornóse extrema, miró vivamente en torno suyo, me hizo una seña perceptible para mí sólo, seña que me ordenaba seguirle, dió órdenes para que se instalara a los heridos en las camas, empujó una puertecita y me hizo entrar en una pieza estrecha, en la que delante de un espejo la señorita Dolores terminaba de anudarse a la frente un velo blanco con una *cruz negra*, que la convertía en una de las enfermeras más encantadoras que he visto en mi vida.

¡*Artillería lenta!* ¡*Cruz negra!* ¡*Heridos misteriosos de la Batalla Invisible!* ¿Qué pensar? ¿Qué creer?... Y en cuanto a mí, ¿habría de seguir aún mucho tiempo metido en aquella aventura inexplicable?...

—¿Pero dónde se baten?... ¿Pero dónde se baten?—pregunté yo con voz sorda.

Al reconocerme, Dolores soltó una sorda exclamación y huyó. En cuanto a Mederic Eristal, me susurró, temblando como un niño:

—No se mueva de aquí... Voy a tratar de salvarle *aún*... Pero sea prudente, y silencio...

Y desapareció.

La puerta que me separaba de la vasta sala de los heridos era delgada y estaba provista de cristales opacos... Yo no veía nada; pero percibí... suspiros, gritos agudos de dolor...

Por último, oí muy claramente las siguientes palabras, pronunciadas en francés con acento inglés: "¿Estaba usted ya allí cuando los boches han intentado apoderarse de la cota seis metros ochenta y cinco?... Ha sido un verdadero combate de gigantes... Habían traído artillería pesada..."

Cuando el doctor volvió a buscarme yo debía tener una mirada singular, pues me preguntó con aterrada precipitación:

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?...

—Nada, doctor, nada. Pero ¿podría usted decirme dónde se encuentra la cota seis metros ochenta y cinco?...

Al oír estas palabras yo le vi retroceder como si hubiera recibido un choque terrible, y entonces le tocó a él poner ojos de espanto. Mirándome, pues, como un loco, me dijo con voz ahogada:

—¡Desgraciado!... ¡Desgraciado!... ¿Quiere usted callarse, desgraciado?... Sobre todo, no le diga usted a nadie, ni siquiera al *midship*, ni siquiera a él, lo que acaba de decirme a mí... A nadie... A nadie... Venga... Sígame... Será mejor... Será mejor que no vea usted más nada, que no oiga usted más nada... Sígame los pasos, sin darme a entender...

Así salí de la sala y del cuartel; así volví a

montar con él en el pequeño tren eléctrico que había acabado de traer heridos y que nos condujo al otro extremo de la isla; así volví a encontrarme en el farallón donde me había arrodillado al salir del ascensor submarino; así descendí de nuevo a la sala subterránea, guardarropa de los buzos del *Vengador*.

—Pero ¿adónde me conduce usted?—exclamé yo de súbito, viéndole acercarse a mí con ciertos aparatos para pasearse bajo el agua, que yo creía haber experimentado ya suficientemente.

—¿Eh?—me dijo al oído—. No sea usted niño. Que viene gente... *Le conduzco a bordo del «Vengador»*... Y sobre todo olvídense de la cota seis metros ochenta y cinco si estima usted su vida...

Yo hubiera querido protestar, pero no tuve tiempo... Mederic Eristal me había puesto ya la esfera de cobre en la cabeza y el teniente Smith, el Irlandés, hacía su aparición en la cámara de los buzos...

De estos dolorosos minutos que precedieron a mi retorno a bordo del detestado navío no he conservado sino un recuerdo sumamente vago.

Mi inmersión en el traje de buzo, luego en el ascensor, después en el mar y, por último, mi reingreso entre los prisioneros, atendido siempre por el doctor, transcurrieron, a mi parecer, en una especie de mal sueño que se prolongó tanto más cuanto que Mederic Eristal me administró, en cuanto me encontré en mi cuartito del *Vengador*, un vigoroso soporífero, del que no salí, según creo, hasta pasados dos días.